



Aiso

revista

Nº 24 | **NOVIEMBRE 2020**

EDITORIAL
Uana



Escriben en este número de Aliso Revista: Mirna Segovia, Julián Obeid, Maira Colman, Manuel Castrogiovanni y Pablo Felizia

La obra de tapa es de Marcelo Móttola. Ilustrador e historiador diamantino. Reside en Rosario, lugar donde sus trabajos gráficos formaron parte de diversas publicaciones periodísticas e historiográficas. Es docente del curso Literatura, Mitología y Religión en el Antiguo Oriente Medio, del ProUAPAM, de la Universidad Nacional de Rosario.

La obra que retrata a Quino es de su autoría como así también la de Maradona.

El resto de las ilustraciones son obras de Julián Obeid.

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

www.anaeditorial.com

 **Ana Editorial**

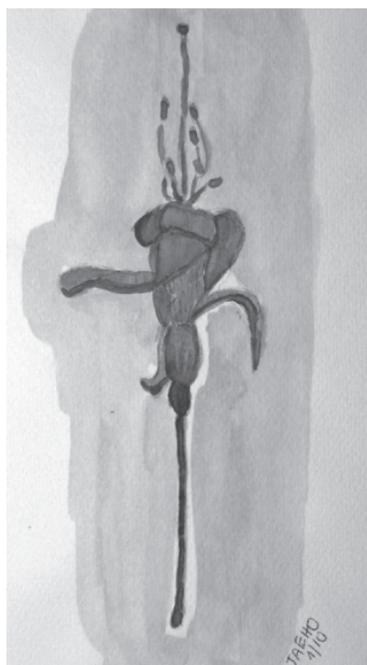
 **@anaeditorial**

UN ÁRBOL DEL PAGO

El espinillo o aromito, fue elegido por los ciudadanos como el árbol entrerriano entre 28 especies nativas y endémicas.

La encuesta fue organizada por el Programa de Educación Ambiental del Consejo General de Educación y el Jardín Botánico Oro Verde dependiente de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

Mirna Segovia, psicóloga educacional, escritora, profesora y formadora, nos regala unos versos inspirados en ellos:



Aromos

Por Mirna Segovia

En una tierra endurecida donde nada parecía brotar
fueron retoñando aromos delante de mi portal.
Los apuntalé con celo y cuidado para que pudieran continuar
su crecimiento empecinado en tan solitario lugar.

Con el pasar de los años, los he visto madurar.
Entre rumorosas hojas, menudas florecitas doradas están,
de mieles esparcen aromas en brisa primaveral.
En sus ramas intrincadas ¡que ave no se ha de posar!

Lo adornan Cardenales, Tacuaritas no han de faltar,
pican las ramas el lorerío llevándolas para anidar,
los despiertan las Calandrias con melodías de alborar,
Juan Chiviro le canta a diario en atardecido revolotear.

Una vecina vino y me dijo: –Gajitos quiero cortar
¿me deja sacar algunos?, con ellos quiero curar.
–Saque no más vecina, que es medicinal;
si el árbol es generoso ¿quién soy yo para mezquinar?

Un rugir ronco una mañana me hizo despertar.
Corrí a ver lo que pasaba, ahí afuera en el portal:
un señor con moto sierra, los vino derecho a talar.
–¡¡Pare, pare –pegué el grito–, déjelos ya de cortar!!

Entre dimes y diretes, la máquina decidió apagar.
–¡Son yuyos, señora! –dijo, el agente municipal–
...¡para qué quiere este árbol, el sector debo limpiar!,
ya varios yacían en la tierra, pero otros pude salvar.

Hoy dijeron que el aroma, es árbol que nos representa,
¡qué alegría este camino que de su valor crea conciencia!
¡buena falta nos viene haciendo propiciar la formación!
¿sino cómo lograr cuidarlo y su conservación?

¡El aroma no es un yuyo, señores!, hay magia entre sus ramas,
melodías, fragancia, colores, puso en ellas el Creador;
del entrerriano tiene el candor; carácter noble, simple y generoso;
¡no hay árbol más hermoso!: un reposo para el alma.

MINGO

Un cuento de Julián Obeid

Abre los ojos sobresaltado, ya es tarde. Mira el viejo reloj en la mesa de luz: las nueve. Mingo cumple setenta años, está angustiado; rodeado por muchos, pero completamente sólo. Enviudó hace poco. Con los amigos comparte solamente lo banal. Se pone a pensar lo que nunca se puso a pensar. Siente que pasó la vida cumpliendo obligaciones y trabajando. Lo invade: pesadumbre, sensación de fracaso. Necesita hablar con su padre; imposible, está muerto.

Mingo sale a caminar, lo hace despacio, va observando todo. Nació y terminará en ese pueblo. Conoce hasta el más pequeño lugar, el origen de cada casa. Recuerda, como un ejercicio, quien vivía acá o allá. En los caserones ornamentados compara las figuras del frente que en algunos casos se repiten. Los mayores de su familia contaban que el constructor armaba toda la estructura del edificio; y, un frentista, se encargaba de los adornos usando moldes. En un friso alto, sobresalen grandes soportes con frutas de cemento. Dos cabezas de leones, custodian un zaguán deteriorado.

Mingo baja al puerto por el cordón cuneta de la calle empedrada. Pasa al lado del viejo molino harinero, también deja a su derecha la enorme casona que se alza por la mitad, al borde de la barranca. Sigue el camino ondulado en pendiente, mira con curiosidad la estructura de lata pintada de rojo y la curva del curandero; personaje olvidado y transitorio, que portaba una resistida barba negra.

Mingo llega al bloque de edificios construidos hace mucho frente al muelle de cemento. Camina por la vereda sobre elevada a la calle. Pasa por la agencia marítima, la oficina de correos y llega a la fonda de Don Zaid, pegado a la prefectura. Desde arriba observa un carro al pie de la escalera, cargado con quesos y salames traídos de la zona de quintas. Algo lo llama a entrar, lo hace lentamente. La puerta de madera y vidrio biselado esta despintada, los nudos sobresalen como venas gruesas. El piso cruje a cada paso. Hay una mezcla de olores a cuero sobado, transpiración, bebida fuerte y cebolla. Las seis mesas están ocupadas. En la última, una persona muy mayor le hace señas para que se acerque.

Mingo se abre paso entre los parroquianos acodados en el mostrador. Don Zaid habla a los gritos tratando que le entiendan, en

un castellano muy enredado con palabras del dialecto que conserva de su tierra. Se sienta aceptando el convite de ese hombre que le resulta tan familiar. Es la hora del vermú, acompañado de unos pequeños platitos con aceitunas negras condimentadas y comida árabe.

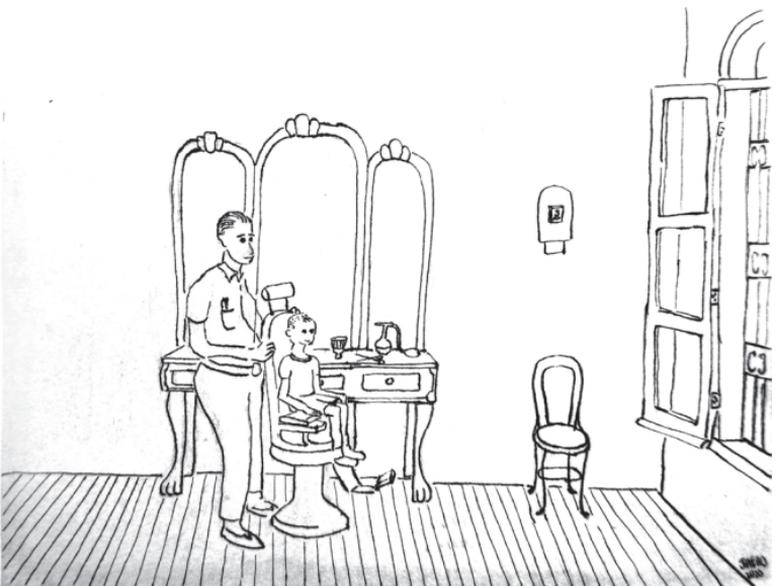
Mingo observa callado al extraño. Sus ganas de comer tientan, saborea con placer cada bocado pequeño de esos alimentos raros elaborados por la mujer de Zaid. Como si se conocieran de siempre, pregunta:

—¿Cómo estás Mingo?

Mingo queda un poco frío: ¿de dónde sabe su nombre? Se sienta y sin encontrar explicación, contesta:

—No estoy bien. Salgo a caminar para despejarme. Los años me han llegado sin darme cuenta, tengo la sensación que todo ha pasado muy rápido. Eso me genera tristeza porque no puedo recuperar lo que se fue. No hice otra cosa que trabajar y todo se ha escurrido como arena entre las manos, no me queda nada y el esfuerzo me suena inútil. Lo que me rodea está vacío, sin sentido. ¡La pucha, he vivido al cuete! —la vista se le nubla un poco. No comprende por qué motivo se ha sincerado así con aquel desconocido.

El hombre se toma su tiempo, se sirve un bocado que acompaña con un trago de vino. Se limpia la boca y comienza a hablar, en un castellano limpio y correcto.



—Embarazoso tu planteo. Lo que parece simple en tu interrogante, no es así. Ha generado profundos planteos sobre la existencia y el sentido de la vida, es muy complejo. Alguien escribió en un libro sagrado, hace más de dos mil años, sobre lo vano de correr tras el viento. Trata de cargar liviano, lo que está hecho, está. ¿Cómo vas a desandar lo andado? Menos mal que muchos de los que están sentados en éste viejo comedor no se han puesto a realizar el mismo análisis, de lo contrario quizás habría algún suicida. No puedo decirte mucho más; deberías buscar en las cosas simples, no sé.

Mingo se queda pensando, no hace ninguna pregunta. La charla continúa sobre el puerto y su actividad; mientras tanto, prueba unos preparados de berenjena y un queso blando agrio. El hombre habla sobre el ciclón ocurrido en 1902; la construcción del primer muelle y detalla el asalto a la Subprefectura. Mingo escucha en silencio, no se anima a preguntarle sobre su procedencia o las razones de entender tan bien ese sitio. Por momentos siente que el tiempo se ha detenido, incluso que retrocede, se lo atribuye a la bebida.

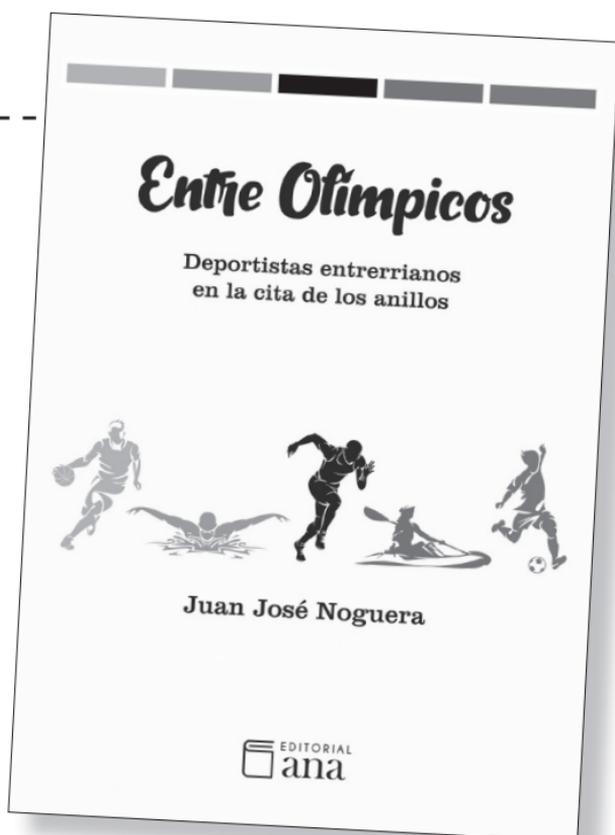
Mingo, al día siguiente, hace el mismo recorrido. Las palabras del extraño, todavía le dan vueltas en la cabeza sin poder desentrañar mucho su sentido. Llega al negocio de Zaid; hay poca gente. El árabe rezonga entre dientes, mientras limpia el mostrador. Mingo pregunta:

—Buenos días. Estoy buscando al señor mayor con el que ayer charlé, sentado en aquella mesa. ¿Usted sabe quién es o donde vive? Zaid lo mira con cierto recelo, termina de juntar algunos vasos sucios y contesta:

—Desculpe, yo no combrede su bregunta. El hombre lo conoce, ayer llegó tembrano y reservó lugar para úste, dijo que vendría comer juntos —sin agregar nada más, da media vuelta y continúa trabajando en silencio.

Mingo se despierta sobresaltado; apaga el despertador, mira la hora: las seis, todavía no aclara. Se levanta apurado tratando de no hacer ruido a su mujer. A tientas llega al baño; prende una luz atemperada por el plafón, opaco y sucio, que se encuentra en la parte superior del viejo botiquín. Prepara la brocha, se jabona y comienza a afeitarse; piensa desconcertado:

—¿Que significa esto de soñar que estoy jubilado? —repara el lugar, los diálogos, no entiende. Vuelve a su dormitorio en silencio, la ropa esta ordenada sobre una silla desde la noche anterior. Se viste rápido, no quiere llegar tarde al trabajo.



¿Por qué escribir y publicar un libro sobre los entrerrianos y los Juegos Olímpicos? ¿Qué relación tiene esta provincia con el evento más importante del deporte mundial? Para esbozar alguna respuesta podríamos recurrir a la historia del Comité Olímpico Internacional (COI) o contar quienes fueron los deportistas provinciales que tuvieron el privilegio de representar al país en algún JJ.OO. o cuáles de ellos portaron con orgullo la bandera nacional encabezando una delegación. Ejemplos sobran. Hubo entrerrianos en momentos claves para la cita de los anillos desde su refundación, por méritos o capacidad, producto de su esfuerzo y sacrificio, por sus deseos de superación y gracias a sus resultados deportivos, o porque los avatares del destino los colocaron en ese lugar.

ACERCA DEL AUTOR

Juan José Noguera Nació un 27 de marzo de 1985 en Villaguay, provincia de Entre Ríos. Es Licenciado en Periodismo y Comunicación (Universidad Nacional del Litoral) y Técnico Superior en Periodismo Deportivo (Instituto Justo José de Urquiza).

Actualmente se desempeña en Análisis Digital y como docente de nivel secundario y terciario. Además, preside desde 2018 el Círculo de Prensa Deportiva de Paraná, una entidad que reúne a periodistas deportivos de la ciudad y la región.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

DE INSOMNIO Y SILENCIO

En el número anterior presentamos el nuevo libro de Maira Colman. La autora seleccionó ahora tres poesías de su obra para regalarle a los lectores de Aliso Revista.

Negro

Pensar que cuando vos llegues yo ya me habré ido.

Me habré ido a caminar por veredas rotas, a sentir el calor del algodón de una campera ajena, a escuchar el sonido de la pava calentando el agua, esperando ver flotar de ella un humito que indique el fin de la espera.

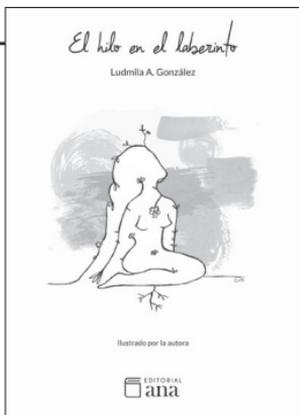
Me habré ido a andar sobre ruedas, a esconderme del control policial que reprime a los pibes morenos.

Me habré ido para llegar a la pausa, para sentir que es eso de lo que tanto me ando diciendo.

Me habré ido a elegir una zona rugosa con apariencia de lisa y cómoda para sentarme, una zona de una escalera que observaré lo más minuciosamente posible para detectar los restos del andar de otros.

Me habré ido a sentar y mirar el río, que va cambiando de color a medida que amanece.

Miraré el río pensando en cerrar un ciclo, dar la vuelta y volver a encontrarte.

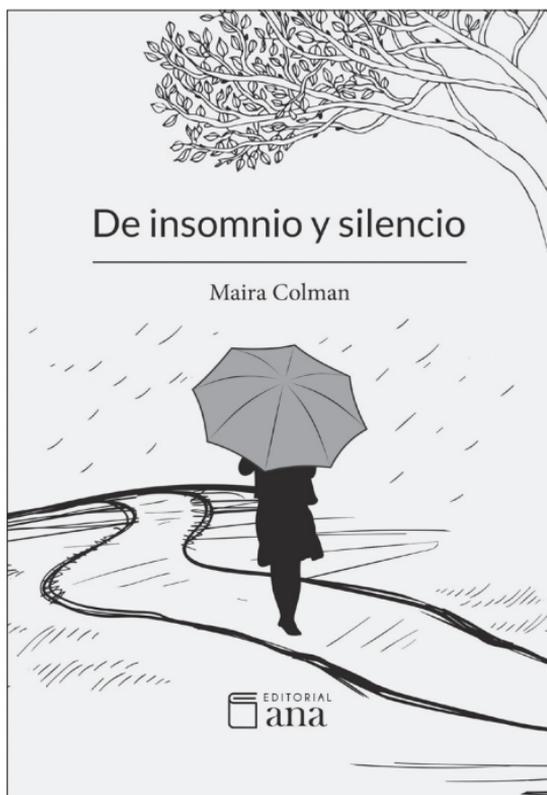


El hilo en el laberinto

Ludmila A. González

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com



Ahora

Quizás lo más importante no era decir adiós sino te quiero.
Abrazarte fuerte hasta hundirme, pausar el tiempo,
Quedarnos ahí hasta la próxima estación.

Verde

“Hagamos silencio y miremos hacia arriba”.
Ese era el inicio de una tarde con mi abuela.
Hablábamos, tomábamos mate
y mirábamos el verde de las hojas.
Había algo en ellas y en esa luz que se entrecruzaba con el
celeste del cielo que nos fascinaba.
Había algo en la sencillez de sus alpargatas, en ese delantal
con viejo colorido y su vestido de flores
que completaba el paisaje.
Había algo en su pelo gris y su piel morena que encantaba.
Esos encantos de abuela, inexplicables y maravillosos.

LO QUE HABITA EN EL BOSQUE

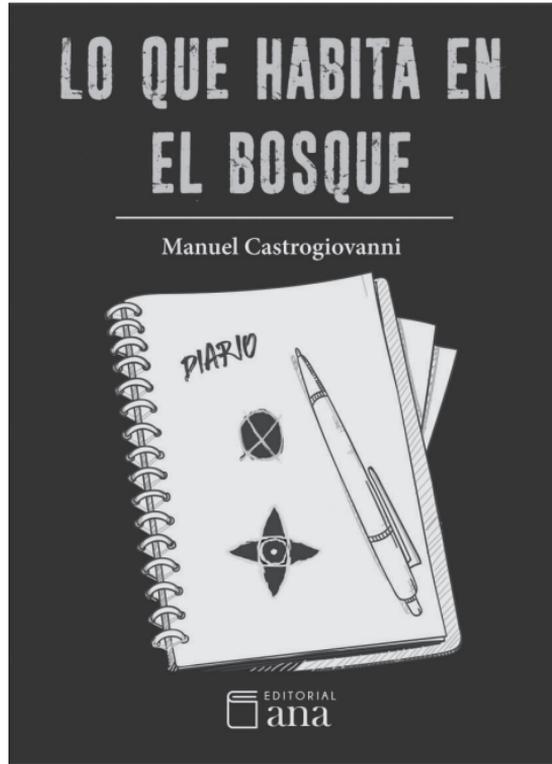
Es el primer libro de Manuel Castrogiovanni. Esta obra solo puede conseguirse en formato digital. Desde hace un tiempo, Ana Editorial ofrece esta posibilidad, sobre todo a escritores jóvenes que están comenzando a dar sus primeros pasos.

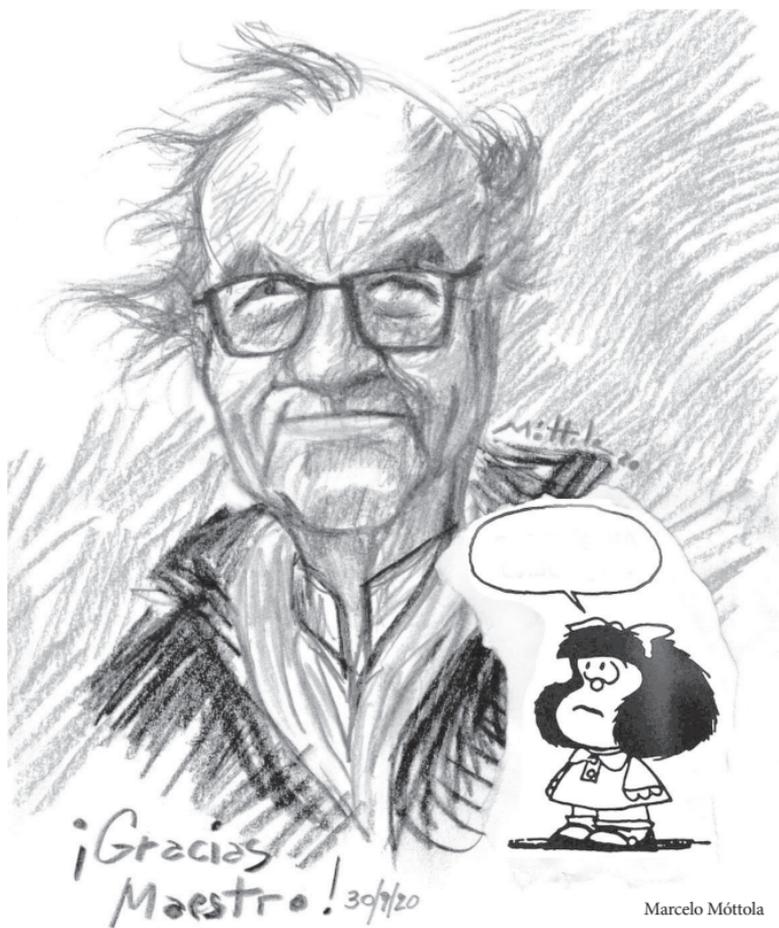
Policías reciben la llamada de unos vecinos, denunciando un olor desagradable en la casa de un padre. Al entrar al domicilio, descubren una escena de pesadilla, pero lo más intrigante fue un diario, el cual muestra su descenso a la locura por sucesos inexplicables.

Manuel Castrogiovanni nació el 25 de enero de 2001. Vive en Paraná, Entre Ríos. Ítalo-argentino. Es estudiante de abogacía en la UCA. Es

fanático del género del terror y todo lo concerniente a temas perturbadores y misteriosos desde que tiene memoria. Es lector constante de las obras de Stephen King y Howard Phillips Lovecraft (al igual que los integrantes del Círculo de Lovecraft). Su gran aspiración es colaborar para el círculo literario de Los Mitos de Cthulhu.

Quienes estén interesados en conocer el libro o adquirirlo, deben ingresar a www.anaeditorial.com. Con tarjeta de crédito o débito se puede comprar y la descarga es directa para leer el libro en el formato que se elija y con todos los dispositivos.





Marcelo Móttola

La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL
ana

La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

VALE

Un cuento de Pablo Felizia, escrito un día cualquiera en 2009.

A Vale le molesta usar corpiño y siempre corta la cebolla con cuchillo a serrucho. *Lo prefiero, para no tener que hacer tajos que hagan ruidos en el plato.* Los años pasaron con cierto aire vertiginoso. O lo creen así por ser jóvenes; por querer que todo sea rápido, por equivocarse y acertar casi al mismo tiempo; y casi al mismo tiempo es la mañana de lluvia cuando Manuel siente perder frente al escepticismo. Una casa: el mate, el perro y Vale. Los tres hacen eso por lo que vinieron al mundo.

Manuel mira por la ventana cómo las gotas chocan porque las empuja el viento. Sobre la ventana, del lado de adentro, rebota el humo del cigarrillo que empuja Vale. A los cigarrillos, Vale los prende y apaga con cierto ritmo regular.

Desde la ventana, Manuel ve violento el mundo allá afuera. Violento y hermoso, pero mucho menos cálido que Vale al tomar apuntes en una carpeta de hojas a rayas sobre cómo se debe hacer un contrato.

A Vale también le gusta cualquier comida con crema. *Nací bailarina y estudio derecho*, le dijo a Manuel una tarde de lluvia parecida a esta. Mujer de pies pequeños, derechos en zapatitos para moverse sensual. Rara combinación: los rojos y anaranjados de su ropa diaria y los trajes grises que deberá usar; sus pies pequeños que sueñan zapatitos media punta junto al Código Civil y la Ley de Defensa del Consumidor.

Manuel está parado frente a la ventana con lluvia. Vale detrás, sentada, como abstraída en sus apuntes. Manuel piensa en Vale. Ella, sobre sus apuntes, piensa en si a Manuel se le va a ocurrir abrazarla de espaldas y tocarle las tetas; estirarle sus manos sobre la mesa, levantarle la pollera y aborlarla; recorrerla.

Manuel está parado y mira las gotas que chocan contra el cristal porque las empuja el viento. Solo de reojo, ve a Vale prender otro cigarrillo. La mira y también la reconoce. Manuel cree entenderla y como sabe siempre lo que ella quiere, pone otra vez a calentar el agua en la pava sobre una hornalla manchada de aceite y grasa.

Cuando todo marcha bien aparecen los fantasmas que me devuelven la tristeza. Tachó. Volvió a escribir. *El perro comenzó*





a ladrar desesperado y sin sentido en el mismo momento en que una ola mental me arrolló hasta la orilla. Me atacó el fantasma de la desesperanza. Tachó y de la misma manera que unos segundos antes, apoyó la birome *estoy triste carajo, muy triste*. Dante escribió en una hoja manchada de polvo y sudor con una birome que a veces no anda que está triste carajo, muy triste.

Dante lloró sin llorar. La habitación tenía tres metros por cuatro. El piso varias capas de tierra y polvo. Hubo rincones, en esa pieza de tres por cuatro, donde se hicieron bollos de pelos y pelusas. Una sola ventana. Cerrada, la única ventana. No podía prender la luz. Hasta el mediodía entró por las rendijas de la persiana, un poco de sol que le permitió escribir en esa hoja sucia de polvo y sudor. Dante escribía cuando perdía las esperanzas. No había cuadros, ni fotos. No había nada. Un colchón con la tela y sus jirones. Dos atados de cigarrillos. El resto de los atados estaban fumados y dispersos en el polvo del piso. Había un tarro en el rincón más alejado del colchón. *Donde se duerme y se come no se caga*, pensó Dante en esa habitación. Apoyó, otra vez la birome en la hoja. *Si lees esto es porque estoy muerto*. Se paró, un poco mareado, los pies sobre el colchón con la tela hecha jirones. Quiso pegarle una trompada a la pared. No pudo escribir nada sensato y cada vez le quedaba menos hoja y la amenaza constante de una birome que a veces no andaba.

Dante se volvió a sentar en el colchón derruido a jirones y sintió un olor a podrido y a humedad. El olor lo mareó lento. Fumó tres atados de cigarrillos. Tenía que esperar un día más. *La puta que lo parió*. Fue solo un consuelo; supo, porque tenía la mente clara, que iba a respirar a podrido y a humedad durante, por lo menos, veinte horas más.

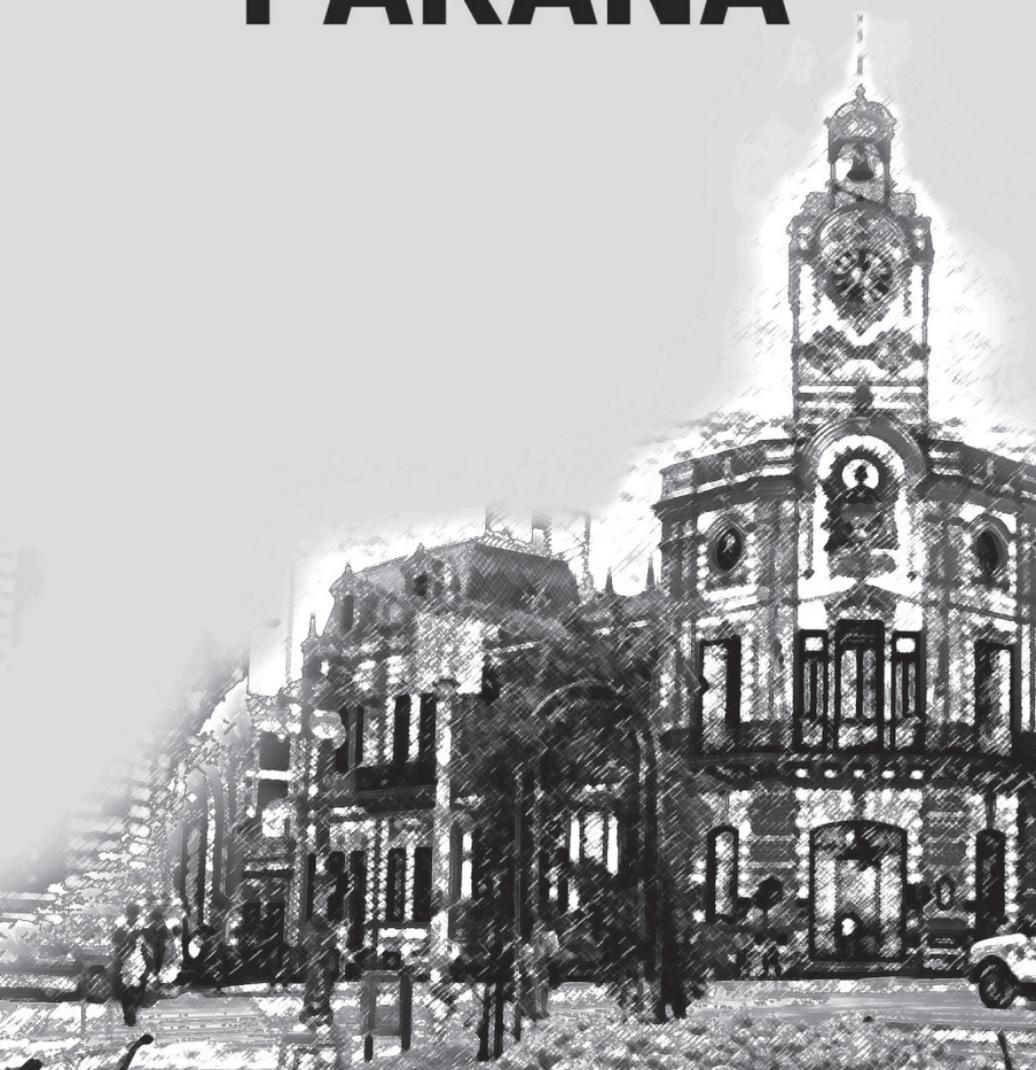
Dante, con una hoja manchada de polvo y de sudor en una de sus manos y con un cigarrillo en la otra pensó en la muerte por primera vez. Una muerte que quiso ver lejos. Una muerte que si llegaba, debía estar cargada con la dignidad de los que tenían una excusa que valiera todas las penas. Pensó en la muerte como algo inevitable. Así le gustaba pensarla, como algo natural.

Cerró los ojos. En esa habitación de tres por cuatro lloró sin llorar, pero recordó imágenes que lo reconfortaron. Imágenes que le trajeron un poco de calor. Calor que le hizo desviar el olfato. Dante mientras recordaba, se recordó. *Andén* piensa Dante. *Le digo andén porque es una forma de no olvidarme de las causas que mataron a los pueblos del norte*, había escrito Dante en una hoja seca y limpia meses atrás. *Andén de colectivo* le había puesto de título a un texto que nunca terminó. Dante





MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ



se recordó con hambre; había comido hasta donde le alcanzó la plata aquella siesta. Eran las dos de la tarde, un día de otoño frío, pero con un sol que entraba en una terminal con paredes manchadas de hollín y un piso aceitoso. Pequeña, de bar eterno. Del mismo cantinero de siempre. De baños con olor a meada. Dante que recordó, se recordó en aquella terminal con la cabeza puesta en algún futuro o en la siesta que dormiría de conseguir una cama cualquiera. Dante en esa habitación y en un desvarío del recuerdo, se propuso terminar de escribir el texto que le recordaba las causas que mataron a los pueblos del norte.

En el andén de colectivo daba el sol. Le calentaba un poco los pies. Tenía, aquella siesta, medias de verano y un pantalón de tela fina, una remera, un pulóver, un buzo y una campera. Igual sentía frío. Había otras cuatro personas sentadas un poco más atrás con los pies sobre el asfalto; ninguno hablaba. Las cabezas, gachas. Enfrente, un hombre hacía pulseras de lana y las vendía a cinco pesos. Más adelante, sobre el vértice de la terminal un muchacho desenfundó una guitarra y tocó un tango que se perdía por alguna moto bochinchera que cruzó la esquina. Dante que recordó, se recordó como en una película de esas que te dicen algo, pero que son más lentas que la vida real. La jornada había sido importante, cansadora y larga. Dante se recordó con la cabeza gacha como los otros y solo pensaba en volver.

Disculpame ¿tenés fuego? Una mujer se le acercó por la espalda. No la había visto llegar. Era joven. Sin decir nada, sacó el encendedor del bolsillo de la campera y extendió la mano. *Gracias*, dijo ella. La mujer encendió un cigarrillo, dio media vuelta y se sentó en un banco contra la pared de la terminal.

El colectivo había llegado puntual aquella siesta. Dante se sentó en el número que le indicaba el boleto y desde ahí la vio subir. En esa habitación de tres metros por cuatro recordó lo que pensó en ese momento; tal vez no con toda exactitud acomodó algunos hechos. Quizás eran las ganas de volver a ver cómo esa mujer, por azar o convicción, se sentó en el asiento a su lado. También le sonrió casi sin mirarlo, se metió despacio un caramelo de menta en la boca tomándolo con el pulgar y el índice. Dante recordó cómo después de tirarse para atrás, la mujer le hizo un comentario que por desubicado no fue poco certero: *Vos tenés cara de revoltoso*.

La recordó, en esa habitación de tres por cuatro, para desviar el olfato; para hacer que el tiempo solo transcurriera. En ese viaje ella le contó que estudiaba derecho *pero me gusta bailar*, había dicho.



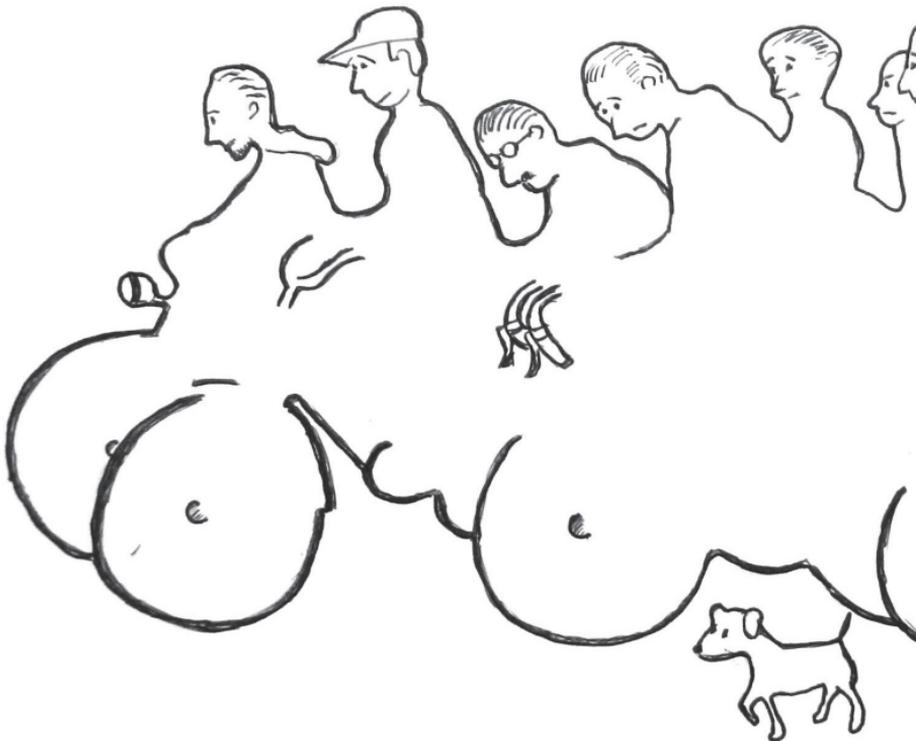


*“El pueblo lo lloraba, y cuando el pueblo llora,
que nadie diga nada, porque está todo dicho”.*

Raúl González Tuñón

Dante recordó, para que las imágenes lo reconfortaran y le trajeran un poco de calor, que en ese viaje hablaron de la lucha y de la violencia. *Pero me molestan las banderas*, sostuvo la mujer joven. Dante pensó que era así porque aún no había encontrado la suya.

Dante recordó, tal vez no con toda exactitud, como esa mujer que por azar o convicción, lo invitó a su casa cuando llegaron a Paraná. Un monoambiente lleno de colores, algunos rojos y una cama desatendida con olor a sahumerio viejo y a tabaco de otros días. Se recordó devorado. *Siempre que se habla de la lucha con una mujer terminás, por lo menos, en el piso*, le había dicho a esa mujer un par de meses después. Se recordó jugado. Es que las mismas manos que después prepararon el café, abrieron el papel de un chocolate que había en la heladera, aquellas con las que se rascó la nuca mientras fumaba un cigarrillo, también sirvieron para tocarla; para llegar ahí a donde no había que ir derecho, para dar vueltas, jugar a la escondida. Disimular lo que en algún momento iba a ser inevitable; para sentir la humedad,



para entrar en ella y salir, volver a entrar una y otra vez hasta saber que además de posible, la lucha era necesaria. Había palabras que a Dante le traían recuerdos en esa habitación de tres por cuatro y que Vale las gimió aquella tarde. Se lo hizo saber, tirada para atrás en el respaldar de la cama desatendida, con un comentario que por desubicado no fue poco certero. *Hace mucho que no acabo así.*

Dante, en esa habitación de tres metros por cuatro, tuvo una hoja manchada de polvo y de sudor entre sus manos. También una birome que en cualquier momento dejaba de funcionar. Le quedaban dos atados de cigarrillos. Había fumado tres y le faltaban un poco menos de veinte horas para poder irse. Escribió, luego de varios intentos y debajo de algunos borrones, *faltan diecinueve horas y cuarenta minutos.*

Manuel estaba sentado en un bar. Le gustaba detenerse en una ventana, ver la gente pasar, pedir un cortado chico y leer



algo. Esa tarde leía una novela de Rivera. La Biblioteca Popular le permitió llegar a los libros que la economía le censuraba, mordía con las muelas cada palabra y las apretaba con la lengua junto al paladar; repetía, cada tanto, los párrafos que no habría de olvidar. Pensó un instante, mientras leía sentado en ese bar, en la bibliotecaria.

Manuel también pensó o lo habló consigo mismo, mientras revolvía un cortado chico y acomoda un cigarrillo en el cenicero, que la Biblioteca Popular lo hacía sentir tosco e inculto; y Manuel que se sintió tosco e inculto cuando pensó en la biblioteca, cerró el libro de Rivera, levantó la cabeza y miró el horizonte de la ventana de ese bar. Achicó los ojos y reconoció como único consuelo en esa tarde solitaria, la capacidad de la bibliotecaria para subirse a una escalera y buscar en los estantes más altos. Acto suficiente para pagar la cuota al día y atravesar el pasillo oscuro hasta la sala de anaqueles y, sin muchas precauciones, no faltarle el respeto al silencio exigido en un cartel hecho en computadora.

Manuel estaba en un bar. Primer piso de un bar con ventanas al frente que daban a la calle. *El Farmer* sobre la mesa. Cerrado *El Farmer* de Rivera sobre la mesa. Manuel que cada tanto le gustaba detener una tarde en la ventana, abandonó la lectura y tomó una agenda. Hizo números. Descubrió, como si antes no lo supiera, otro mes que se extendería más allá de su sueldo.

Manuel cerró la agenda, la dejó sobre *El Farmer* y pensó en Vale. Se la imaginó en la peatonal en busca de algún pañuelo de colores: algo que ornamente su cuello y que desentone con cualquier ropa opaca, gris y marrón. Se la imaginó también con un chocolate grande de leche; sin maní ni almendras, ni ningún agregado. *Así, chocolate nomás*. O tal vez la pensó en un coqueteo sutil con el muchacho que atendía en la dietética de calle Colón, para que le agregue algunos dátiles extras después de pesarlos. *Son feos los dátiles* desvarió Manuel.

Sentado en ese bar y cansado de pensar e imaginar, pidió la cuenta. Desde la ventana se veía la peatonal. Es un camino que sin detenerse termina en el parque. En un banco del parque desde donde se ven las luces de la ciudad abajo. El río también se ve, tenue y titilante con las primeras luces artificiales que se prenden al atardecer. Pagó sin dejar propina y salió a caminar, pero antes de llegar a la plaza San Miguel un mensaje sonó en su celular. *Necesito verte urgente*.

Cuando iba a la secundaria todos sus amigos eran varones. Fumaba escondida y se vestía con colores que no coincidían. Le molestaban las injusticias y hacía danza. Para las madres de sus compañeras de curso, era una puta. Para sus compañeras de curso, todo lo que hubieran querido ser.

Estaba parada frente a un espejo que la mostraba de cuerpo entero. Era un espejo encastrado en un ropero. La pared en el fondo era verde. Un verde claro. Había incluso, a su espalda, una pared anaranjada. Madera en estantes. Una mesa. Una heladera. Un baño frío. Piso de parqué y una cama. Eran, quizás, todas sus riquezas.

A veces le sonaba todo el cuerpo: un leve movimiento y sus huesos hacían un chasquido y otro y otro más. Se colocó cinco hebillas pequeñas y negras, también tres invisibles en un pelo fino y corto. Encendió un cigarrillo, se miró por última vez sobre un fondo reflejado anaranjado y salió a la calle de una mañana viva de sol, a una ciudad que se muere a la siesta. Caminó rápido y solo se detuvo ante cada senda peatonal. *Si te chocan, la culpa es del imbécil que maneja.* Caminó por La Paz. Tenía, La Paz, una subida insoportable antes de llegar a San Martín. *No son calles para andar en bicicleta.*

Había árboles en pleno centro. Vale caminó hacia arriba y también miró esos árboles como si fueran testigos silenciosos del quilombo cotidiano. Vale sonreía. Se acordó de la organización de señoras aburridas, pero con una causa justa, que los cuidaba: una o dos veces al año, las señoras aburridas con causa justa, iban al parque a limpiarles



los parásitos. Los adoptaban. Era como una sociedad protectora de árboles. *Son menos contundentes que la Asamblea de Gualaguaychú pero más sanas que los negocios de Greenpeace.* Vale caminó por la peatonal con las manos en los bolsillos de un saco negro. Compró cigarrillos. Siempre los mismos, casi siempre a la misma hora. No miró vidrieras esa mañana, solo caminó de espaldas al sol.

A Vale siempre le gustó como sonaba la palabra *partenaire* y la decía en castellano. *Partener.* Siempre procuró que le gustase el suyo. Por lo menos debía tener uno que le acaricie la cintura y le roce los pechos; le de seguridad ante cada giro, le toque el aro del ombligo con la palma de la mano; que previo a una sonrisa nerviosa, se acerque demasiado a sus labios. Vale siempre supo que una bailarina tenía que ensayar a la noche, pero los tiempos la apuraban. Hacía meses que preparaba *Carmen*; se tenía que transformar. La primavera la debía encontrar más cerca de una Carmen que de una Vale. Le gustaba la idea de hacer sonar sus pasos en las tablas del teatro, pero la asustaba tener que mostrarse ante ojos desconocidos que seguirían cada gesto y movimiento. La *Carmen* de Vale era diferentes a las otras Cármenes. Esta tenía en esencia algo más Argentina; quizás las piernas de Vale estaban más acostumbradas al tango que al flamenco. Quizás esta *Carmen* de Vale usaría rodete y la pollera, con un tajo en algún lado, sería ajustada en la cintura; quizás la *Carmen* de Vale debía de llevar zapatos con tacos agujas.

Caminó lento por el centro. Le faltaba todavía media hora para comenzar el ensayo y estaba a menos de tres cuadras. En la esquina de Urquiza y Santa Fe, al lado de una panadería, se detuvo. Apoyada contra una pared prendió un nuevo cigarrillo. Fumó despacio. Tenía la sensación de que todos los que pasaban y la miraban, sabían lo que hacía. Vale nunca llegó tarde a ningún lado, era excesivamente puntual. El cigarrillo estaba consumido a la mitad. Miró el reloj; solo habían pasado cinco minutos. A media cuadra vio venir a un muchacho con mochila. *Me siento un espantapájaros.* El muchacho no habló. La miró, incluso, con cierta desconfianza. Solo susurró un *hola seco*. Sin decir nada más, extrajo de la mochila un sobre papel madera y se lo entregó.

Lo despidió rápido. No quería mirar, pero le era inevitable recorrer con la vista ambos lados de la calle. La ciudad estaba exactamente igual. Las mujeres iban con bolsas de supermercado. Una pareja se despedía veinte metros más adelante, tres personas hacían cola en el quiosco enfrente de ella y los autos circulaban como si fuera algo natural. Vale vio alejarse al muchacho con mochila, uno que no hablaba y que la miró con cierta desconfianza. Guardó el sobre





ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios.

Su primer libro es *Crónicas Patrias*. Es editor en Ana Editorial y para **Desaparición y muerte en bicicletas rojas** recibió una beca del Fondo Nacional de las Artes.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

en su morral, prendió otro cigarrillo más y retomó, lento, el camino hacia la sala de ensayos.

Vale trabajaba en una escuela rural. *¿Qué querés? De algo tengo que vivir.* Lejos, la escuela donde trabajaba Vale. Al norte; y el norte siempre es lejos. Dante no trabajaba en el norte. El norte era para Dante el fin de su camino; el lugar donde tenía que llegar: las familias pobres del norte de un campo siempre en pendiente. Se encontraron, como la primera vez, en el colectivo de regreso. *Lo más atrás posible.* Oscurecía por las nubes y las cortinas. En el camino: una ruta junto a campos anchos y ajenos a los costados, los dos fueron lo más atrás posible.

Dante se tenía que esconder. Lo buscaban. Los de la Quinta buscaban a Dante. Siempre los de la Quinta son los que buscan. Matan también. Se decía allá, en los finales de 2001 que los de la Quinta mataron a José Daniel. Bravo el José Daniel. Pedrero y clasista el José Daniel. Un escopetazo cobarde en la espalda del José Daniel. Dante se tenía que esconder.

Vale sabía que Dante se tenía que esconder. Se lo dijo en la parte más atrás del colectivo. Vale acercó su mano a una entrepierna firme. Le desabrochó, lento, el cierre del pantalón. *Está dura.* Oscuro también por las nubes, por las cortinas y por la grasa que tenían las cortinas. Nadie veía en lo más atrás posible. Vale acarició con sus encías y con su lengua el exceso de confianza que Dante tuvo cuando le confió que se tenía que esconder.

Hablaron en ese colectivo que volvía del norte. También ubicaron horarios, fechas y lugares en un almanaque imaginario.

Manuel llega antes de que se largue a llover. Vale lo ve entrar y ninguno de los dos habla. No hablan porque Vale solo lo ve entrar como si nada, sin golpear. Solo entra antes de la lluvia. Manuel la mira un rato y trata de entender. Después se queda sobre la ventana con gotas que golpean por el viento. Piensa y como entiende, pone una pava nuevamente a calentar.

La pava se calienta lento en una hornalla un poco oxidada, un poco pegajosa de grasa y aceite. Manuel mira por la ventana. Porque llueve no puede salir. Si se moja y se enferma no tiene con qué pagar un médico. Sabe que no tiene con qué pagar y por eso solo mira por la ventana cómo golpean las gotas por el viento. Piensa en Vale.

Vale, cerca de Manuel y en silencio, piensa en Dante. Tres días para alquilar una casa. Conseguir prestado el dinero, convencer a

las garantías. Vale sabe que no tiene garantías de nada, solo para alquilar una casa. Después de todo, es todo un juego, un juego de todo. Vale piensa en Dante y en la entropierna firme de Dante. Su respiración en la nuca, en el hombro. Vale piensa en la parte más atrás del colectivo, en su boca, y sonríe.

Dante no soportaba el encierro. Se sentía un estúpido y hacía solo tres días que estaba encerrado. Qué pudo haber cambiado en solo tres días. Esperaba, impaciente, indicaciones precisas.

A Manuel le llegó un mensaje que era urgente. Se tenía que ver con quien se tenía que ver urgente. Volvió por San Martín con el libro de Rivera en la mano apretado contra una agenda. Esperó en la esquina de una plaza llena de gente que pensaba en otras cosas. Mientras esperaba volvió a abrir el libro. Manuel esperaba a un hombre que se acercaba. El hombre que se acercaba lo saludó. Cordial lo saludó y le habló. Le habló lento, pausado, sincero y oscuro como sin querer hablar. Manuel lo escuchó, impaciente, cómo el hombre que lo saludó cordial soltó un conjunto de palabras tristes; cómo le relató la reconstrucción de algunos hechos. Cada palabra fue un puntapié en el estómago. Vomitó Manuel sobre la plaza, cuando el hombre con el que se vio urgente le contó el porqué de la urgencia.



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
Correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



Dante leyó las indicaciones precisas. Llegaron con un día de retraso y no en un sobre papel madera. Era uno blanco con dibujos de colores. No le quedaban cigarrillos. Mientras leía las indicaciones precisas tuvo una erección. Supo, igual, que debía concentrarse y no podía haber errores. Nadie lo tenía que ver. Algo había salido mal.

Camino a la escuela de danza, Vale creyó que la seguían. Desvió el camino. Las indicaciones, los cuidados y las formas. *Si ya sé, no te preocupes. No soy tonta.* Prendió otro cigarrillo. Caminó más rápido. Eran dos hombres: uno venía a su encuentro, el otro le seguía los pasos. Un auto, lento el auto, frenó sobre el cordón de la vereda. Vale cruzó la calle y corrió. Sacó de su morral el sobre papel madera. Extrajo del sobre una hoja blanca y la leyó en pocos segundos. Dobló la esquina. En la boca de tormenta, bien en el fondo, murió el sobre papel madera y la hoja que leyó en pocos segundos. Dos hombres y un auto eran mucho para Vale. Todo se iba a demorar un poco más.

Manuel pone a calentar la pava otra vez. Se hirvió el agua en la primera. En silencio, casi sin hablar, sonrío. Mientras hace silencio y sonrío ve como el fuego azul de la hornalla calienta la pava. Y ese fuego azul de la hornalla también lo calienta a él. Le calienta las manos. Las manos que se calientan, también le calientan el cuerpo.

La conoce a Vale, sabe lo que quiere, siempre sabe. Apaga la hornalla. Se acerca a la mesa lento. Vale aparta la vista de los libros de Derecho. Manuel la abraza por la espalda, le levanta la pollera y le acaricia las tetas.

Encerrado, se había prometido terminar al volver, con eso de los andenes de colectivos; decide que la tarea puede esperar un poco más porque Vale mira, con Manuel ya sobre su espalda, un portarretrato sobre la pared donde aparecen los dos y ella le sonrío al Dante de la foto porque le gusta que sepa siempre lo que ella quiere.

El hombre con el que se tenía que ver urgente, sobre la plaza, le había dicho a Manuel que se tenía que cambiar de nombre. Transformarse en otro y no estar durante un tiempo en ningún lugar para que la policía no lo encontrara.

Manuel saca de un bolsillo un sobre con dibujos de colores y lo deja sobre la mesa. Esperaba uno papel madera.

A ver si algún puto día confías en mí y también puedo hacer algo de eso que vos hacés, le dijo Vale en la parte más atrás del colectivo antes de llegar a Paraná y no por desubicada había sido poco certera.



senado
ENTRE RÍOS

www.senadoer.gob.ar

Unidos, prevenimos el avance del **coronavirus**



**Lavate las manos
regularmente**



**Respetá la distancia
de dos metros**



Usá tapaboca



**No compartas
el mate**